UNA AVENTURA DE ABSURDISTÁN

¡MINA Y EL DÍA EN QUE SE LEVANTÓ!

SIETE METROS DE PURA AVENTURA



Basada en un hecho real completamente ficticio.

¡MINA Y EL DÍA EN QUE SE LEVANTÓ!

SIETE METROS DE PURA AVENTURA

UNA AVENTURA DE ABSURDISTÁN

Basada en un hecho real completamente ficticio.

PRÓLOGO

La llamada del destino

Hay momentos en la vida en que una persona se enfrenta a una decisión que lo cambia todo.

Momentos en los que el valor importa más que la sensatez. En los que la determinación debe imponerse a la comodidad. En los que el mundo conocido parece de pronto muy pequeño y lo desconocido pronuncia tu nombre.

Para algunas personas, ese momento llega al ascender el Everest.

Para otras, al atravesar el Sáhara.

Para Mina, llegó un martes a las 14:17.

Estaba tumbada en el sofá.

Tenía las piernas escondidas bajo una manta acogedora, una revista a medio leer descansaba sobre su vientre y en la mesita auxiliar esperaba una gran taza de cacao. Un rayo de sol entraba por la ventana del salón y bañaba de luz dorada su pequeña fortaleza de cojines y mantas.

Mina era feliz.

Completamente feliz.

Podría haber sido una tarde maravillosa.

Entonces sonó su teléfono.

Mina abrió un ojo.

El teléfono estaba al otro lado del sofá.

A una distancia aproximada de cuarenta centímetros.

Lo contempló durante un rato.

«Indignante.»

Con un profundo suspiro, estiró el brazo y trató de pescar el aparato.

En la pantalla apareció un número desconocido.

«Como sea publicidad, voy a demandar a alguien.»

Respondió.

«¿Diga?»

«Buenas tardes. Transportes Möbelmann. Tenemos una entrega para la señora Mina.»

Algo cambió de inmediato en su rostro.

«¿Mi sofá?»

«Exacto. Llegaremos dentro de unos cinco minutos.»

Mina sonrió.

No era una sonrisa corriente. Era la sonrisa de una reina que acababa de saber que su reino iba a incorporar una nueva provincia.

Su nuevo sofá.

Terciopelo burdeos.

Una superficie extraancha para tumbarse.

Cojines mullidos en los que, con toda probabilidad, podían perderse tardes enteras sin que nadie volviera a encontrarlas.

Lo había encargado semanas atrás, después de una investigación que hasta Lena había considerado extraordinariamente rigurosa.

Mina había comparado muestras de tela, examinado la firmeza del relleno y calculado superficies de descanso.

Incluso había trazado un plano de su zona personal de bienestar.

Y por fin había llegado el gran día.

«Maravilloso», dijo Mina. «Estoy encantada.»

«Perfecto. Hasta ahora.»

«Hasta ahora.»

Colgó.

Satisfecha, se hundió de nuevo entre los cojines.

Pasaron tres segundos.

Entonces abrió los ojos.

Muy despacio, volvió la cabeza.

Su mirada atravesó el salón.

Pasó por la mesa de centro.

Pasó por la enorme monstera.

Llegó hasta la salida del salón.

Y finalmente se posó en el pasillo, al fondo del cual se encontraba la puerta de entrada.

Una terrible revelación se deslizó dentro de su mente.

Los repartidores llamarían al timbre.

En la puerta de entrada.

Y alguien tendría que abrir.

Mina miró a su alrededor.

Nadie.

Sus amigas habían salido.

Pinky probablemente dormía en algún rincón.

Tampoco había rastro de Goldie.

Mina observó el mando a distancia con el gran botón rojo del sofá.

Durante un instante fugaz, se planteó hacer aparecer un sofá delante de la puerta y confiar en que los repartidores captaran la indirecta.

Pero no.

Aquel sofá era especial.

Y las cosas especiales exigían sacrificios especiales.

Mina cogió el teléfono y abrió el chat de sus amigas.

Mina: «Chicas. Necesito apoyo moral.»

Lena fue la primera en responder.

Lena: «¿Qué ha pasado?»

Mina: «Vienen los repartidores.»

Ruby: «¡Oooh! ¡Tu sofá nuevo!»

Mina: «Sí.»

Lena: «¿Y?»

Mina se quedó mirando el teclado.

Después escribió las palabras que cambiarían aquel día para siempre.

Mina: «Tengo que ir hasta la puerta.»

Hubo una pausa.

Ruby: «Ah.»

Lena: «Siete metros.»

Mina: «¿Lo has medido?»

Lena: «Por supuesto.»

Mina: «¿Por qué?»

Lena: «Ayer me preguntaste si podíamos acercar la puerta al sofá.»

Mina lo recordó.

Había sido una pregunta perfectamente razonable.

Mina: «Podría morir.»

Lena: «Estadísticamente, es muy improbable.»

Mina: «Tu compasión me reconforta.»

Ruby envió un corazón y prometió llevar rollos de canela más tarde.

Mina dejó el teléfono a un lado.

Luego se subió la manta hasta la barbilla por última vez.

Sabía lo que debía hacer.

Y sabía que ya no había vuelta atrás.

Al menos, no hasta que los repartidores se hubieran marchado.

CAPÍTULO I
La despedida del puerto seguro

A las 14:19 comenzaron los preparativos.

Primero, Mina se incorporó sobre los codos.

Un gesto sencillo, podría pensarse.

Sin embargo, así comienzan muchas grandes expediciones: con un movimiento que parece insignificante y que, aun así, sella el destino de quien emprende el viaje.

Se sentó.

La manta resbaló de sus hombros.

El aire fresco del salón le rozó los brazos.

Mina se estremeció.

«El clima es hostil.»

Contempló su fiel sofá.

¿Cuántas veces la había sostenido?

¿Cuántas tardes acogedoras habían compartido?

¿Cuántas tazas de cacao se habían bebido allí, cuántos libros se habían leído, cuántas siestas de importancia incalculable se habían echado?

Nadie lo sabía.

Algunas cifras eran demasiado grandes para registrarlas.

Mina acarició un cojín con ternura.

«Siempre estuviste ahí para mí.»

El cojín guardó silencio.

Pero Mina lo entendió.

Tenía que ser fuerte.

Con solemne determinación, alargó una mano detrás de sí y sacó un sombrero de aventurera que reservaba para ocasiones como aquella.

Hasta entonces, solo se lo había puesto para trasplantar una planta de interior especialmente grande.

Hoy cumpliría por fin su verdadero destino.

Se lo colocó sobre el moño oscuro y ligeramente despeinado. Unas florecillas violetas asomaron bajo el ala.

Sus aros de plata se movieron cuando asintió con decisión.

Después cogió de la mesita un pequeño paquete de golosinas para gatos y se lo guardó en el bolsillo.

Nunca se sabía qué criaturas salvajes podían aparecer durante una travesía semejante.

Con la otra mano tomó el mando del sofá.

El botón rojo brillaba de manera tentadora.

Una sola pulsación, y podría hacer aparecer un sofá en cualquier lugar.

Una parada segura.

Un lugar de descanso.

Un refugio.

Mina examinó el aparato.

«No.»

Volvió a dejarlo en su sitio.

«Quien sale de expedición debe aprender a prescindir de la tecnología de sofás.»

Entonces miró su cacao.

Un último sorbo para el camino.

El chocolate caliente le dio fuerzas.

Durante un instante cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, parecía distinta.

Más resuelta.

Más alta.

Preparada.

Despacio, deslizó los pies por encima del borde del sofá.

Los dedos tocaron la alfombra.

Un pequeño paso para la humanidad.

Un paso gigantesco para Mina.

Respiró hondo.

Apoyó las manos sobre los cojines.

Tensó las piernas.

Y se levantó.

Eran las 14:20.

El mundo contuvo el aliento.

En algún lugar del exterior cantaba un pájaro.

Pasó un coche.

Una puerta se cerró en la casa vecina.

Pero todos aquellos sonidos parecían insignificantes ante lo que acababa de ocurrir.

Mina estaba de pie.

Libre.

Erguida.

Sin contacto con el sofá.

Miró el lugar que acababa de abandonar.

Los cojines conservaban todavía la forma de su cuerpo.

Testigos silenciosos de una seguridad ya perdida.

«Adiós, viejo amigo.»

Dio un paso.

Luego otro.

El borde de la alfombra se acercaba.

Mina se detuvo.

Detrás de ella estaba la seguridad.

Delante, lo desconocido.

Se miró los pies.

Después miró el sofá.

«Debería haber ido al baño antes.»

Pero ya era demasiado tarde.

La expedición había comenzado.

CAPÍTULO II
El abismo de la mesa de centro

La primera parte del viaje transcurrió sorprendentemente bien.

Mina ya había recorrido casi metro y medio cuando encontró un obstáculo capaz de quebrar el valor de cualquier persona corriente.

La mesa de centro.



Se alzaba ante ella como un enorme macizo rocoso, cuyas aristas afiladas bloqueaban el estrecho paso.

Su superficie estaba cubierta por los restos de una civilización desaparecida.

Una revista de televisión.

Dos posavasos.

Una caja de galletas vacía.

Y una horquilla solitaria cuyo origen nadie podía explicar.

Pero el verdadero peligro se encontraba más abajo.

Allí donde la esquina de madera sobresalía en un ángulo traicionero.

Mina se detuvo.

Entrecerró los ojos.

«Ajá.»

Conocía aquella esquina.

Ya la había subestimado una vez.

Tres semanas antes había pasado descalza y se había golpeado el dedo meñique del pie.

Un suceso cuyas consecuencias todavía sentía.

No físicamente.

Pero sí emocionalmente.

«Así que volvemos a encontrarnos.»

La esquina no respondió.

Naturalmente.

Era la esquina de una mesa.

Mina no se fiaba de ella de todos modos.

Lentamente, trasladó el peso al pie izquierdo.

El derecho avanzó con cautela hacia un lado.

Centímetro a centímetro, se deslizó de perfil junto al peligroso saliente.

Contuvo la respiración.

Entre su dedo meñique y la madera apenas quedaba el ancho de una mano.

Un paso descuidado.

Un movimiento en falso.

Y todo podía terminar.

El aire rozó el ala de su sombrero de aventurera.

El colgante de media luna osciló sobre su pecho.

Mina extendió una mano para mantener el equilibrio.

Entonces ocurrió.

El pie estuvo a punto de engancharse en el borde de la alfombra.

Perdió el equilibrio.

La esquina de la mesa pareció saltar hacia ella.

Mina abrió mucho los ojos.

«¡EL DEDO NO!»

Con una maniobra que habría impresionado a una montañista experimentada, giró el cuerpo, plantó el pie derecho a un lado y recuperó el equilibrio en el último instante.

Silencio.

Seguía en pie.

Ilesa.

La esquina de la mesa había sido derrotada.

Mina miró atrás.

Después alzó la barbilla con dignidad.

«Hoy no, idiota de madera.»

Podría haber celebrado la victoria.

Quizá incluso debería haberlo hecho.

Pero más adelante ya aguardaba el siguiente desafío.

Y estaba caliente.

Muy caliente.

CAPÍTULO III

El volcán de cacao

El volcán descansaba sobre una pequeña mesa auxiliar situada entre la mesa de centro y la salida del salón.

Algún tiempo antes, Mina había dejado allí una segunda taza de cacao.

Una reserva.

Para emergencias.

Para tiempos difíciles.

Para situaciones en las que una ya tenía cacao, pero necesitaba otro.

Ahora, sin embargo, aquella sensata precaución se había convertido en una amenaza peligrosa.

De la taza salía vapor.

Espesas nubes blancas se enroscaban en el aire.

La superficie de color marrón oscuro brillaba de forma misteriosa.

Una burbuja diminuta reventó.

Mina se quedó inmóvil.

«Actividad.»

Se acercó con cautela.

El camino hacia la puerta pasaba justo al lado de la mesita. La taza estaba peligrosamente cerca del borde.

Un simple golpe podía desencadenar una riada de chocolate fundido.

Mina se inclinó.

Estudió la superficie.

Después sopló.

Una segunda burbuja estalló.

«El volcán vive.»



Miró hacia la seguridad del sofá.

La distancia había aumentado de manera alarmante.

Casi dos metros.

Todavía era posible retirarse.

Pero ¿a qué precio?

Los repartidores podían llegar en cualquier momento.

Mina tenía que seguir.

Se quitó el sombrero de aventurera y se abanicó con él.

Era necesaria una pausa breve.

Después de todo, las expediciones científicas exigían mantener la cabeza fría.

Su teléfono vibró.

Un mensaje de Lena.

Lena: «¿Hasta dónde has llegado?»

Mina fotografió el cacao.

Mina: «Erupción volcánica. Ruta bloqueada.»

La respuesta llegó unos segundos después.

Lena: «Eso es una taza.»

Mina: «Probablemente dijeron lo mismo en Pompeya.»

Lena: «Lo de Pompeya no fue cacao.»

Mina: «Tú no estabas allí.»

Lena envió un único punto.

Mina decidió interpretarlo como un reconocimiento silencioso de su argumento.

Después volvió a centrar su atención en el peligroso paisaje.

La solución era evidente.

Había que asegurar el volcán.

Agarró el asa con cuidado.

El calor atravesaba la porcelana.

Mina levantó ligeramente la taza.

El líquido se movió.

Una ola oscura golpeó el borde.

Se detuvo de inmediato.

«Despacio. Muy despacio.»

Como una vulcanóloga experimentada que intenta calmar una fuerza imprevisible de la naturaleza, esperó con paciencia hasta que la superficie se serenó.

Entonces levantó la taza por completo.

Y bebió un sorbo.

El chocolate estaba perfecto.

Caliente.

Dulce.

Con la cantidad exacta de cacao.

Mina sonrió.

«También hay que saber disfrutar de la naturaleza.»

Dejó la taza más atrás sobre la mesa, donde ya no podía poner a nadie en peligro.

Después pasó con cuidado.

No se había derramado una sola gota.

Nadie había resultado herido.

La catástrofe había sido evitada.

Otra victoria.

Pero la alegría duró poco.

Porque más allá del volcán comenzaba un mundo verde.

Un mundo lleno de sombras.

Un mundo en el que la luz apenas llegaba al suelo.

Mina volvió a ponerse el sombrero de aventurera.

Observó las hojas gigantescas que invadían el paso hacia el pasillo.

Su mirada se volvió grave.

«Monsterastán.»

Y en algún lugar, en lo más profundo de la maleza, algo crujió.

CAPÍTULO IV
La jungla de Monsterastán

Monsterastán comenzaba allí donde una persona razonable habría visto una planta de interior de gran tamaño.

En aquel momento, Mina no era una persona razonable.

Era una exploradora, a dos metros y ochenta y siete centímetros de su puerto seguro, aislada de cualquier tapicería fiable y rodeada de hojas lo bastante grandes como para hacer desaparecer expediciones enteras.

La monstera estaba en una maceta pesada junto a la salida del salón. Sus hojas se adentraban tanto en el camino como si hubieran decidido durante la noche anexionarse el acceso al pasillo.

Mina levantó una de ellas con cautela.

La hoja rozó el ala del sombrero.

Se detuvo.

«Primer contacto.»

La hoja regresó inocentemente a su sitio.

En el interior de la espesura verde reinaba una penumbra peculiar. La luz del sol penetraba en franjas estrechas entre las

hojas. Las motas de polvo flotaban en ellas como insectos diminutos sobre un río desconocido. En algún lugar goteaba agua.

Mina miró hacia abajo.

El plato de la maceta.

Habían regado la planta aquella mañana. Tres gotas se habían reunido en el suelo.

«Zona pantanosa», determinó.

Apoyó el pie izquierdo en un lugar seco y se deslizó de lado entre la maceta y el marco de la puerta. Una hoja se posó sobre su hombro. Una segunda estuvo a punto de engancharse en su collar de media luna. Una tercera la empujó por la espalda, no con fuerza, pero sí con la desagradable seguridad de una planta que sabía que allí regían sus leyes.

Mina siguió luchando.

Un paso más.

Entonces oyó de nuevo el crujido.

Esta vez, más cerca.

Se quedó inmóvil.

En lo más profundo de las hojas se abrieron dos ojos.

Verde salvia.

Inmóviles.

Clavados en Mina.

La jungla contuvo el aliento.

Una pequeña pata se deslizó silenciosamente sobre el borde de la maceta. Después apareció una segunda. Sobre ellas se elevó poco a poco un rostro tricolor.

Blanco. Gris azulado. Melocotón.

Un collar rosa relucía entre las sombras.

La tigresa de Monsterastán la había encontrado.

CAPÍTULO V
La tigresa y el tributo

Pinky, gata de la suerte de Goldhain, ministra de los Mimos y propietaria autoproclamada de toda superficie horizontal, estaba sentada entre las hojas y miraba a Mina.



Su expresión decía muchas cosas.

Sobre todo, decía que Mina caminaba por una ruta que Pinky acababa de declarar propiedad de Pinky.

«Pinky», susurró Mina.

Pinky parpadeó una vez.

Muy despacio.

Era el parpadeo de una depredadora que estudiaba sus opciones.

Mina no retrocedió. La retirada no era una opción. Además, tendría que volver a pasar por el volcán y la esquina de la mesa, y nadie podía exigir a una heroína que afrontara dos veces los mismos horrores antes de la cena.

Metió una mano en el bolsillo.

El suave crujido de la bolsa de golosinas transformó la situación al instante.

Las orejas de Pinky se alzaron.

«Vengo en son de paz», dijo Mina.

La gata avanzó medio paso.

La chapa con su nombre se balanceaba bajo la barbilla. En la estrecha franja de luz parecía el amuleto de una reina de la jungla.

Mina sacó una golosina y la sostuvo entre dos dedos.

«Tributo.»

Pinky examinó primero la golosina, después a Mina y luego otra vez la golosina. Parecía estar calculando si una sola pieza constituía un pago adecuado por el paso de una mujer adulta.

Al parecer, no.

Mina añadió una segunda.

Pinky salió de la espesura.

Lo que siguió sería conocido por futuros cronistas como el Tratado de Monsterastán, siempre que algún cronista futuro llegara a enterarse. Mina presentó la ofrenda. Pinky la aceptó con gran dignidad, masticó tres veces y luego se sentó en medio del paso.

Mina esperó.

Pinky empezó a limpiarse el pecho.

«El tratado incluía paso libre.»

Pinky levantó una pata trasera y se dedicó a la oreja izquierda.

«Tengo testigos.»

No había testigos.

Pinky lo sabía.

En aquel momento sonó el timbre.

El sonido atravesó el piso como el cuerno de un ejército sitiador.

Mina se sobresaltó.

Pinky no.

Pinky no creía en las prisas. Las prisas eran un problema de otra gente.

El timbre sonó por segunda vez.

«Ya están aquí.»

Mina miró a la gata. La gata le devolvió la mirada.

Entonces Mina volvió a agitar la bolsa y lanzó una tercera golosina en dirección al salón.

Pinky salió disparada tras ella.

La tigresa había sido apaciguada.

El camino estaba libre.

Mina salió de la jungla y alcanzó el principio del pasillo.

Tras ella, Monsterastán volvió a cerrarse.

Delante se extendía el infinito.

CAPÍTULO VI

Las extensiones infinitas del pasillo

El pasillo era largo.

No objetivamente. Objetivamente medía cuatro metros y trece centímetros, como Lena probablemente habría anotado en una hoja de cálculo.

Pero la objetividad era un lujo reservado a quienes todavía estaban tumbados en un sofá.

Para Mina, el pasillo se extendía hasta el horizonte.

La puerta de entrada parecía pequeña y distante en el extremo opuesto. La luz del techo caía sobre la alfombra alargada, que atravesaba el paisaje desierto como una carretera estrecha. A la izquierda se alzaban las puertas de la cocina y el baño. A la derecha había una cómoda sobre la que descansaban un cesto para las llaves, tres cartas sin abrir y unas solitarias gafas de sol.

Reliquias de viajeros anteriores.

Mina se puso en marcha.

Paso a paso.

El salón quedó atrás.

Después de cinco pasos, miró por encima del hombro.

El sofá todavía se veía, pero no era más que una forma oscura y prometedora al otro lado de la monstera.

Alzó una mano para despedirse.

Luego continuó.

El teléfono volvió a vibrar.

Ruby: «¿Sigues viva?»

Mina escribió mientras caminaba.

Mina: «Pasillo. Provisiones suficientes. Moral inestable.»

Ruby: «¿Quieres que te llame y te cante algo?»

Mina: «La situación es grave, pero no tanto.»

Inmediatamente después llegó un mensaje de Lena.

Lena: «Ahora deberías estar más o menos a la altura de los cinco metros.»

Mina se detuvo y miró a su alrededor.

«¿Cómo lo sabe?»

Alguien llamó suavemente a la puerta.

«¿Señora Mina? ¡Möbelmann!»

Las voces atravesaban la madera, amortiguadas. Estaban cerca y, al mismo tiempo, resultaban inalcanzables.

Mina guardó el teléfono.

El último tramo tendría que completarse sin comunicación con el mundo exterior.

Pasó junto a la cómoda. Su reflejo apareció en el estrecho espejo de la pared: sombrero torcido, moño aún más torcido, un pedazo de monstera sobre el hombro y una expresión de determinación que impresionó durante un instante incluso a la propia Mina.

Se quitó la hoja.

«Nada de debilidad.»

El suelo crujió bajo su pie.

Se detuvo.

Volvió a crujir.

Mina probó la tabla con la punta del zapato.

«Terreno inestable.»

Con un gran paso superó la zona. Más allá la esperaba la esquina levantada de la alfombra, reconocida desde hacía meses como un área de peligro.

Mina levantó la rodilla, pasó por encima y aterrizó a salvo.

La puerta de entrada ocupaba ahora todo su campo de visión.

Dos pasos más.

Uno.

Entonces apoyó ambas manos en la madera fría.

Había llegado.

Casi.

Porque entre Mina y la libertad se interponían dos cerraduras.

Y un picaporte.

CAPÍTULO VII

El jefe final



La cerradura superior estaba a una altura que, en circunstancias normales, no habría merecido comentario alguno.

Aquellas no eran circunstancias normales.

Mina cogió el llavero del cesto junto a la puerta. Encontró la llave correcta al tercer intento, la introdujo en la cerradura y giró.

No pasó nada.

Giró hacia el otro lado.

Un pesado chasquido metálico resonó por el pasillo.

El primer cerrojo había caído.

Mina soltó el aire.

La segunda cerradura esperaba más abajo. Se inclinó, colocó la llave y notó que el sombrero de aventurera se deslizaba hacia delante. Lo detuvo con el hombro, sostuvo la llave y giró al mismo tiempo.

Una maniobra de notable precisión técnica.

Sonó el segundo chasquido.

«¿Señora Mina?», preguntó una voz desde fuera. «¿Todo bien?»

«Sí», gritó Mina. «Solo estoy abriendo las fortificaciones.»

Tras la puerta se hizo un breve silencio.

«Ah.»

Solo quedaba el picaporte.

Mina se enderezó. Cerró la mano a su alrededor. El metal era liso. El muelle interior se resistía con todo el poder acumulado durante décadas de historia de puertas.

Presionó.

El picaporte se movió.

La puerta no.

Mina apretó con más fuerza y tiró del marco al mismo tiempo. Una corriente de aire entró por la rendija. Apareció la luz. La puerta cedió un centímetro, después dos.

Y de pronto se abrió por completo.

La luz del día entró a raudales.

Delante de Mina había dos hombres con ropa de trabajo. Entre ellos descansaba, cuidadosamente envuelto en mantas, un mueble de proporciones majestuosas.

El repartidor que estaba delante observó el sombrero de Mina, las flores despeinadas y su expresión solemne.

«¿Señora Mina?»

Mina apoyó una mano en el marco.

«Me han encontrado.»

El hombre consultó su portapapeles.

«Tenemos un sofá para usted.»

Retiraron la manta.

Allí estaba.

Terciopelo burdeos. Una superficie extraancha para tumbarse. Cojines profundos y mullidos. Reposabrazos que parecían diseñados por personas que comprendían lo que de verdad importaba en la vida.

Durante un instante, Mina olvidó todas las penalidades.

«Es precioso.»

El segundo repartidor asintió. «¿Dónde lo dejamos?»

Mina abrió la boca.

Entonces miró por encima del hombro.

El pasillo se extendía ante ella.

Largo y silencioso.

Más allá aguardaba Monsterastán. Después, el volcán de cacao. El abismo de la mesa de centro. Y en la lejanía, su antiguo puerto seguro.

El primer repartidor siguió su mirada.

«¿En el salón?»

Mina guardó silencio.

Algo crujió en la espesura verde.

Una pequeña figura tricolor se sentó en medio del pasillo y comenzó a lamerse una pata.

Mina miró a Pinky.

Pinky miró a Mina.

El camino de regreso estaba vigilado.



Mina se quitó despacio el sombrero de aventurera.

«Caballeros», dijo, «espero que estén asegurados contra tigres.»

EPÍLOGO

El camino de regreso

A las 14:31 comenzó la segunda expedición.

Avanzó más despacio, porque dos repartidores maniobraban con un sofá extraancho por un pasillo que Lena

había medido correctamente, pero que la realidad parecía haber construido más estrecho.

Mina iba delante.

Aplanó la esquina levantada de la alfombra. Advirtió sobre la tabla que crujía. Negoció con Pinky, que había reconocido el nuevo sofá como su propiedad legítima nada más verlo. Levantó las hojas de la monstera, aseguró el volcán de cacao y señaló con el brazo extendido la esquina de la mesa de centro.

«Aquí tengan mucho cuidado. Es traicionera.»

Los repartidores asintieron como asiente la gente que ha decidido no hacer más preguntas.

Por fin, el sofá llegó al salón.

Lo dejaron en el suelo, lo alinearon, lo desplazaron otros doce centímetros y, a petición de Mina, lo movieron tres centímetros hacia atrás.

Entonces quedó terminado.

Los hombres se despidieron.

La puerta de entrada se cerró.

Mina permaneció ante su nuevo sofá.

Pinky saltó encima, dio dos vueltas y se tumbó exactamente en el centro de la superficie extraancha.

Mina la contempló.

«No has contribuido en absoluto a este viaje.»

Pinky cerró los ojos.

Mina se sentó a su lado. El terciopelo cedió con suavidad. Los cojines la acogieron como si llevaran toda la vida esperando aquel momento.

Se cubrió las piernas con la manta y cogió la taza de cacao que había rescatado durante el trayecto.

Su teléfono vibró.

Lena: «¿Entrega completada?»

Mina hizo una foto: terciopelo burdeos, Pinky acurrucada en el centro y los pies de Mina bajo la manta.

Mina: «Expedición terminada.»

Ruby: «¿Y? ¿Ha merecido la pena?»

Mina miró por encima del borde de la taza el viejo sofá, que ahora estaba enfrente. Después miró el nuevo. Luego a Pinky, que ronroneaba en voz baja.

Sonrió.

Mina: «Siete metros de pura aventura.»

Después pulsó el botón rojo del mando del sofá.

Junto a la puerta apareció un pequeño sofá.

Para futuras emergencias.